

# EL PADRENUESTRO

Hay cuatro piezas que son fundamentales en la catequesis: el Símbolo, el Decálogo, el Septenario Sacramental y el Padrenuestro. En otras asignaturas veremos por qué son tan importantes y el lugar que deben ocupar en la catequesis. Pero como el tiempo que tenemos es muy limitado, quiero evitar en este caso toda introducción previa y dedicar las siete sesiones que tenemos a comentar directamente el contenido del Padrenuestro.

La primera afirmación que quiero hacer es la siguiente: el Padrenuestro es la oración de Jesucristo. Es suya y de nadie más que de él. Segunda afirmación —y aunque parezca que se contrapone a lo que acabo de decir— el Padrenuestro es también nuestra oración. ¿Cómo puedo decir que es de Cristo y nada más que de él y, al tiempo, que es nuestra? Porque él nos la ha prestado —por decirlo de alguna manera—. Aunque para hablar con más propiedad habría que decir no que nos la ha prestado, sino que nos la ha dado definitivamente. Ahora veremos más despacio qué significa esto.

Dividiremos esta clase en dos partes. Primero explicaremos qué queremos decir al afirmar que el Padrenuestro es la oración de Jesús y de nadie más que de él y luego qué queremos decir al afirmar que es la oración que él nos ha dado.

## I. EL PADRENUESTRO, LA ORACIÓN DE JESÚS

### 1. INTRODUCCIÓN

En la tradición de la Iglesia al Padrenuestro se le ha llamado "Oración del Señor", es decir, la oración de Jesús, a quien reconocemos como nuestro Señor. En latín "Señor" se dice "*Dominus*", de ahí viene el nombre del Domingo — "el día del Señor"— y de ahí también que nuestra oración sea llamada "oración dominical" esto es, la "oración del Señor" (Cf. CCE 2765). Este nombre dado al Padrenuestro subraya la primera idea que queremos explicar, identifica esta oración con la persona de Jesús, es su oración.

¿Qué queremos decir, pues, con esta afirmación tan rotunda y tan insistente?

1. Que el Padrenuestro condensa la oración que Jesús, durante su vida mortal, dirige a Dios. El hombre se relaciona con Dios y expresa esa relación a través de la oración. Pues bien, el Padrenuestro es la oración que expresa la relación que Jesús tiene con Dios.
2. Que la relación que Jesús tiene con Dios es del todo y absolutamente original. Ningún otro hombre, ni antes ni después de él, podría tener la misma relación con Dios que tiene Jesús. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que él y solo él es el Hijo eterno de Dios. Esta es la afirmación clave para entender el Padrenuestro.

Dicho de otra forma: a) Jesús es un hombre único. Lo es porque, siendo hombre verdadero, es el Hijo de Dios, el Unigénito, él es Uno de la Trinidad. Solo él lo es. B) Este ser único de Jesús —su ser el Hijo eterno—, le pone en una relación única con su Padre. Esa relación única es la que se expresa en la oración del Hijo hecho hombre, en la oración de Jesús, en el Padre Nuestro. Por eso el Padrenuestro es **SU** oración y nada más que suya.

Nosotros no somos por naturaleza hijos de Dios, al menos en el mismo sentido que lo es el Hijo Eterno. Somos creados por Dios a su imagen, pero no participamos de la naturaleza divina, ni de la vida de la Trinidad. No somos hijos en el sentido estricto de la palabra. Por eso, en principio, no podíamos aspirar a tener con Dios la misma relación que el Hijo Único. En este sentido el Padrenuestro, como expresión de la oración del Hijo-hecho-hombre nos quedaba muy lejos.

Profundicemos ahora en lo que significa que el Padrenuestro es la oración de Jesús fijándonos en las dos afirmaciones fundamentales que hemos hecho sobre él: que es el Hijo Único (de nadie más se puede decir eso); que en dependencia de ese ser suyo totalmente original, también su oración es del todo original y única.

## 2. EL HIJO DE DIOS, UNA REALIDAD PERSONAL QUE SE DEFINE POR SU RELACIÓN CON EL PADRE.

Estamos diciendo que la relación única de Jesús con Dios (y con ella su oración y el Padrenuestro) depende del ser único de la persona del Hijo. Bien, es cierto. Pero hay que añadir una cosa: que el ser del Hijo se define del todo por la relación con el Padre. La persona del Hijo, la realidad personal de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad se define solo y exclusivamente por la relación que tiene con el Padre.

Por tanto, no solo es que la relación del Hijo con el Padre dependa de lo que el Hijo es, sino que el Hijo es precisamente eso: quien recibe su ser del Padre, pura relación con el Padre. No es solo que *su relación* dependa del *quién es*, sino también al contrario: *quien es él* depende totalmente de *su relación* con el Padre. **En el Hijo, realidad personal y relación se**

**identifican, son la misma cosa.** Así que, la oración y el Padre nuestro definen la relación y el ser del Hijo de Dios hecho hombre.

La relación única y exclusiva que Jesús tiene con Dios es lo que define su ser personal: el Hijo de Dios.

Pensemos un momento en nosotros para comprender mejor la originalidad del ser de Jesús. Nosotros somos también hijos, cada uno hijo de su padre y de su madre, y la relación que hemos mantenido o que mantenemos con nuestros padres determina en parte nuestro ser: nuestro aspecto físico, nuestra forma de estar en el mundo, nuestras certezas morales... Hay muchas cosas, de las que forman la persona que somos cada uno, que se explican como influencia de nuestros padres, bien porque las hemos recibido sin más por la genética o la vida común, bien porque las hemos asumido más o menos, bien porque hemos construido nuestra vida en oposición a ellas. Es decir, lo que somos como personas depende en gran medida de las relaciones con nuestros padres. Sin embargo, nosotros no nos definimos sencillamente por lo que hemos recibido de nuestros padres; a lo largo de la vida vamos tomando distancia y nos vamos haciendo a nosotros mismos.

Volvamos al Hijo de Dios hecho hombre. Él no tiene nada propio, él es puro recibirse de Dios. Todo en él es del Padre. Él es pura referencia al Padre, en sus palabras, en sus gestos, en sus sentimientos.

En la Trinidad, antes de la encarnación en el seno de María, lo único que distingue al Hijo eterno del Padre es que el Hijo es engendrado por el Padre, es decir, que es un continuo recibir su ser del Padre. La única diferencia del Hijo con el Padre y con el Espíritu Santo es esta relación por la cual el Hijo recibe su ser del Padre y, a la vez, se entrega al Padre, en un acto de amor eterno en el que ambos espiran el Espíritu Santo.

Las personas de la Trinidad se distinguen solo por su relación. Son iguales en todo, solo la relación que mantienen entre ellas distingue al Padre del Hijo y del Espíritu Santo.

Que el Hijo de Dios es en todo igual al Padre e igual al Espíritu Santo excepto en la relación que mantiene con uno y otro es lo que decimos en el Símbolo Niceno-Constantinopolitano cuando confesamos del Hijo: **«Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma sustancia que el Padre»** (Luego, del Espíritu Santo decimos que “procede” del Padre y del Hijo para expresar este ser espirado en la relación de amor paterno filial que une al Padre y al Hijo).

Al hacerse hombre, la humanidad de Cristo empieza a participar de esta relación única del Hijo eterno, porque el único sujeto de su humanidad de Jesús es el Hijo (En Jesús hay *dos naturalezas* plenas y verdaderas, la humana y la divina, pero *una sola persona*, la del Hijo). La humanidad de Jesús no existe sino siendo la humanidad del Hijo.

De esta forma, Jesús, verdadero hombre, puede saberse verdadero Hijo de Dios y puede invocar a Dios como Padre verdadero. Ningún otro hombre, ni antes ni después de Cristo, podría considerarse hijo verdadero de Dios y llamar a Dios verdadero padre suyo.

Aunque en la segunda parte de esta clase veremos cómo cualquiera de nosotros puede llegar a participar del ser, de la relación y de la oración de Jesús, saberse hijo y llamar «Padre» a Dios.

**Recapitemos** estos puntos decisivos: El Padrenuestro condensa la oración de Jesús; la oración de Jesús es totalmente suya, porque es la expresión de su ser y relación única con Dios: el Hijo Único, el Unigénito.

Hagamos ahora un repaso por el Evangelio para contemplar algo de lo ya dicho: cómo Jesús se ve a sí mismo como puro “Hijo”, en total dependencia del Padre, cómo esta relación define su ser y su misión y cómo los Apóstoles se dan cuenta de esta relación única que tiene Jesús con Dios y que define su ser.

No haremos un repaso de todo el Evangelio, solo nos fijaremos en dos momentos importantes.

### 3. JESÚS, EL HIJO, EN LOS EVANGELIOS

#### A) LA CONFESIÓN DE FE DE PEDRO:

Partamos de un pasaje famoso, cuando Jesús pregunta a los discípulos: ¿quién soy yo?<sup>1</sup>.

Cuando llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo, comenzó a preguntar a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?».

Ellos respondieron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías o alguno de los profetas».

Él les dijo: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Respondió Simón Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

Jesús le respondió: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos».

(Mt 16,13–17)

En la confesión de fe de Simón Pedro: «**Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo**», está ya el núcleo de la fe de los Apóstoles con respecto a Jesús. Él es fundamentalmente «el Hijo de Dios». Eso es lo que le define. Jesús recibirá otros títulos que quieren expresar lo que él es. De ellos los más importantes “el Cristo” o “el Señor”, pero si hay una palabra, una expresión o un título, que abarque de forma sintética y completa todo lo que él es, esa expresión es «Hijo de Dios».

---

<sup>1</sup> Sigo en esta reflexión sobre la profesión de fe de Pedro y sobre la oración en el Huerto de los Olivos a J. Ratzinger. Por el carácter divulgativo del texto y por no hacer más trabajosa la lectura no iré anotando todas las citas literales. A veces tomo literalmente sus palabras, otras sigo su pensamiento o tomo pie de él. Cf.: J. RATZINGER, *El Camino Pascual* (BAC. Madrid 1990) 90 ss.

## La Escritura en la catequesis

La palabra Hijo encierra todo lo demás y, al mismo tiempo, lo explica. En el término «Hijo» encontramos la clave que nos permite comprender todo lo que Jesús es y hace.

La palabra «Hijo» expresa aquello que entienden los que entran en familiaridad con él, los que son testigos oculares de su vida y comparten su vida más íntima, los que ven no solo los milagros, sino que son admitidos a su intimidad, intimidad que está definida por la oración. En el evangelio se distinguen muy bien las dos preguntas de Jesús: «¿Quién dicen **los hombres** que soy yo?»; y «¿quién decís **vosotros** que soy yo?». Y los que son admitidos a la intimidad —que incluye la comunión en el mismo Espíritu Santo— lo que ven es que aquel hombre se define por ser «el Hijo».

«El testimonio unánime del Evangelio insiste en poner de relieve que las palabras y las obras de Jesús brotaban de su íntima comunión de vida con el Padre: que, después de la fatiga de la jornada, se retiraba siempre a un “lugar desierto” para orar en soledad (cf., por ejemplo, Mc 1,35; 6,46; 14,35-39). Según el testimonio acorde e incontestable de los evangelios, se puede establecer que el centro de la vida y de la persona de Jesús es su constante comunicación con el Padre».

Siguiendo el evangelio de san Lucas, podríamos ver cómo las acciones más importantes de Jesús surgen de la oración, del centro mismo de su persona, que es el diálogo que mantiene con su Padre. Pero eso no lo vamos a ver ahora.

En el pasaje del que hemos partido, Jesús pregunta a los apóstoles, primero, qué opina la gente de él y después qué opinan ellos: «**Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?**». Cuando san Lucas nos cuenta este mismo episodio, nos hace ver que Jesús plantea a los apóstoles esta pregunta decisiva, cuando ya tenían un trato íntimo con él y habían empezado a participar del secreto de su oración.

«Pedro comprende y proclama la realidad de la persona de Jesús en el momento mismo en que, estando en oración, Jesús manifiesta la unidad de su ser con el Padre. [...] Se conoce a Jesús cuando se le conoce en su oración. [...] Solo si entramos en la soledad de Cristo, solo si participamos en su [...] comunicación con el Padre podemos *ver* esta realidad suya».

Por eso la fe, la fe de los Apóstoles y la fe de la Iglesia, cuando nosotros hacemos profesión de fe con el Credo es una oración y nace de la oración, de la oración de Cristo. Nosotros profesamos con Pedro: «Tú eres el Hijo del Dios vivo». Esta profesión de fe que contiene en sí ya de forma nuclear todo el Credo de la Iglesia nace al ver a Jesús en oración, al ser testigo de su relación única con el Padre, nace de la oración de Jesús. Al tiempo, por tanto, esta profesión de fe es también oración.

### B) LA ORACIÓN EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

Llegan a un lugar llamado Getsemaní. Y les dice a sus discípulos: «Sentaos aquí, mientras hago oración». Y se llevó con él a Pedro, a Santiago y a Juan, y comenzó a afligirse y a sentir angustia. Y les dice: «Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad».

Y adelantándose un poco, se postró en tierra y rogaba que, a ser posible, se alejase de él aquella hora. Decía: «¡Abbá, Padre! Todo te es posible, aparta de mí este cáliz; pero que no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú».

(Mc 14,32–36)

Llegamos al momento más difícil de la vida de Jesús. Justo en ese momento los más íntimos van a poder asomarse con mayor profundidad al misterio de la relación de Jesús con Dios.

En este momento Jesús utiliza para dirigirse a Dios la palabra «Abbá», que en este contexto Marcos nos transmite en arameo, la lengua materna de Jesús. San Marcos nos la transmite transcrita del arameo al griego, transcrita pero no traducida. Esta forma de invocar, de dirigirse a Dios, de rezar, supera toda forma de oración conocida en aquel entonces. Expresa un grado de familiaridad con Dios que la tradición judía no podía en modo alguno admitir como una forma adecuada de dirigirse al Tres-veces-santo. «Con esta sola y originalísima palabra [Abbá] se expresa la relación nueva y absolutamente singular que Jesús mantenía con Dios», una relación que solo era adecuada si realmente Jesús es «el Hijo».

Hasta la muerte de Jesús, que en este pasaje aparece ya en el horizonte, va a estar determinada por el diálogo del Hijo con el Padre.

Jesús es Hijo de Dios de un modo que ningún otro hombre es. Y Dios es Padre de Jesús de un modo que no lo es ningún otro hombre. El mismo Jesús cuando use las palabras «Padre» e «Hijo» nunca las usa de la misma forma si habla de la relación que existe entre él y Dios, que si habla de la relación de los demás. Él es el Hijo de Dios de forma exclusiva. Y Dios es el Padre de Jesús de forma exclusiva.

Lo que Jesús es y lo que hace está definido por una relación con Dios, y esa relación se resume en la palabra “Hijo”. En los evangelios hay otras expresiones que expresan y aclaran lo que significa esta relación, como, por ejemplo: «**Para esto he venido**», «**para esto he sido enviado**». «Según la conciencia que Jesús tiene de sí, tal como nos es revelada en los evangelios, él no habla ni actúa por sí mismo, sino por otro, del que proviene de tal modo que esta procedencia le es sustancial, es decir, define su persona».

«El cuarto evangelio, que se halla todo él construido a base de conceptos como “Palabra”, “Hijo”, “misión” [...] subraya de una manera más enérgica lo que también los

otros evangelios manifiestan [...]: nos introduce en aquella intimidad de Jesús a la que son admitidos únicamente aquellos que son sus amigos. Esto nos muestra a Jesús a la luz de aquella experiencia de amistad que permite asomarse a lo interior, y es una invitación a entrar en esta intimidad junto con el discípulo amado de Jesús».

Vayamos al evangelio de san Lucas para ver cómo él refiere la enseñanza de Jesús del Padrenuestro. Dice san Lucas que estaba Jesús haciendo oración en un cierto lugar. Y cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: «**Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos**». Y es entonces cuando Jesús responde enseñándoles el Padrenuestro.

Creo que ahora estamos en condiciones de entender con más profundidad lo que antes afirmábamos: que el Padrenuestro es la oración de Jesús, la síntesis de su oración, de su relación única e irrepetible con Dios. Cuando comentemos la primera de las peticiones del Padrenuestro, miraremos el uso que la palabra «Padre» dirigida a Dios tiene en la Escritura, pero ya podemos entender que cuando Jesús llama Padre a Dios está queriendo decir algo que ningún otro hombre puede decir realmente, porque solo él es el Hijo.

La referencia que acabamos de hacer al evangelio de san Lucas, cuando uno de sus discípulos le dice a Jesús: «**Señor, enséñanos a orar**», nos pone en situación de responder a la segunda cuestión que nos habíamos planteado al principio: que el Padrenuestro es la oración que Jesús nos ha dado. La primera era que el Padrenuestro es la oración de Jesús, creo que eso ha quedado aclarado. La segunda es que el Padrenuestro es la oración que Jesús nos ha dado.

## II. EL PADRENUESTRO, LA ORACIÓN QUE JESÚS NOS HA DADO

### 1. LA PETICIÓN DE LOS DISCÍPULOS.

Tal como hemos visto, el Padrenuestro no es una oración que nazca espontáneamente de los discípulos, sino que ellos la reciben como una enseñanza de Jesús. Ya este solo hecho debe hacernos reflexionar. Solemos pensar que la oración que vale de veras es la que nace de nuestra propia espontaneidad, pero los apóstoles prefieren —con buen criterio— no dejarse llevar de su propio sentimiento, sino ser conducidos por Jesús en la oración.

En el fondo hay una gran lección en este hecho: el hombre tiene una relación muy limitada con Dios. El Dios verdadero no está disponible de forma inmediata al hombre, no es accesible a él. El hombre sincero sabe que el Dios verdadero no puede confundirse con nada de lo que nos rodea, que no es como el sol, ni como las estrellas, como el universo entero. El hombre sincero sabe que Dios es siempre más grande, que está siempre más allá, que no

pude identificarse con su propio corazón, tantas veces lleno de miserias, ni con el prójimo que tiene al lado, por bueno que sea, pero que en el fondo es tan pobre, tan radicalmente pobre como él. Si esto es así, uno debe reconocer que la oración del hombre dirigida a Dios es siempre pobre. ¿Cómo poder entrar en relación verdadera con Dios?

Homero, por ejemplo, el gran poeta griego, para expresar esta incapacidad del hombre real para entablar un verdadero diálogo con Dios, decía que los hombres y los dioses hablaban lenguajes diferentes. No hacía sino dar cuenta de la distancia que experimenta el hombre cuando quiere entablar relación con el Dios verdadero.

El salmo expresa esta situación de extrañeza del hombre con respecto a su creador: «**¿Quién podrá subir al monte del Señor? ¿Quién podrá entrar en el monte santo?**» (Sal 24,3). Que es como decir: ¿Quién podrá realmente entrar en relación con Dios? Por eso toda oración que nace del corazón humano, por buena que sea, experimenta la pobreza de su propia lejanía de Dios. Una lejanía acentuada por el pecado.

No quiero decir con esto que la oración sincera de cualquier hombre, lanzada hacia Dios no tenga su valor y que Dios no la escuche. Pero siempre está marcada por esta distancia real entre el hombre y Dios. En este caso es siempre Dios el que tiene que superar la distancia entre el hombre y él, el hombre es incapaz, está realmente imposibilitado.

Ejemplo de que Dios escucha la oración humana, aunque se dirija a alguien que en realidad desconoce, lo encontramos en Abraham. Según una interpretación que hace san Ireneo, la palabra que Dios dirige a Abraham, la llamada, la vocación («**Sal de tu tierra y de tu patria...**») responde a la oración de Abraham, a una búsqueda que es una forma de oración a un Dios que él aún desconoce. Dice san Ireneo de forma bellísima: « Abraham [...] cuando siguiendo el ardiente deseo de su corazón, peregrinaba por el mundo preguntándose dónde estaba Dios y comenzó a flaquear y estaba a punto de desistir de su búsqueda, Dios tuvo piedad de aquel que, solo, le buscaba en el silencio»<sup>2</sup>. Abraham lanza su oración hacia el Dios que aún desconoce, es Dios quien tiene que salvar la distancia.

Ciertamente, a lo largo de la Historia de la Salvación, lo que se observa es que Dios quiere salvar esta distancia, acercándose él mismo al hombre, hablando al hombre con palabras humanas, para hacer posible el diálogo, es decir, para hacer posible la oración.

Pero este diálogo no será pleno hasta que Dios no habite en medio del hombre y hecho hombre lo admita en su compañía. Esto es justamente lo que ocurre en Jesús. Los Apóstoles no podían dar una razón tan clara de lo que tenían delante, pero sabían que toda la oración que habían aprendido como judíos, es decir, toda la relación verdadera con Dios que les daba el ser parte del pueblo judío, el pueblo al que Dios había hablado y al que había llamado a ser su interlocutor, no era nada comparado con la relación que Jesús tenía con Dios. Por eso le piden: «**Enséñanos a orar**». Más allá de lo que nuestro corazón humano es capaz de elevar

---

<sup>2</sup> SAN IRENEO, *Demostración de la Predicación Apostólica*, 24. Fuentes Patrísticas 2 (Ciudad Nueva. Madrid 1992)

hacia Dios, más allá de lo que nos enseña la tradición que hemos recibido de nuestros padres, enséñanos tú a orar. Eso es lo que dicen los discípulos.

### 2. ¿A QUIÉNES ENSEÑA JESÚS A ORAR? PRESUPUESTOS Y CONSECUENCIAS MORALES DE LA ORACIÓN DEL PADRENUESTRO

El segundo detalle que debemos considerar es que son los íntimos, los que comparten la vida con Jesús, y no otros, los que le preguntan sobre la oración, los que piden que les enseñe y los que van a ser enseñados. Jesús admite en su oración, en su relación con el Padre, a aquellos que están unidos a él por la fe y el seguimiento, a aquellos que comparten su vida.

No enseña el Padrenuestro a la multitud, sino solo a sus íntimos.

Solo los que le siguen de cerca pueden entender que Jesús es el Hijo. Solo ellos pueden entrever lo que significa la palabra «Abbá» dirigida por Jesús a Dios. Nadie que no se haya adentrado en el seguimiento de Cristo y haya participado con él de la oración puede entender que él es realmente el Hijo, ni ser enseñado por Jesús para que también él pueda llegar a decir: «Padrenuestro...».

Orígenes (s. III) expresó lo fundamental de esta idea de una forma bellísima. Él dice que los evangelios son las primicias de todas las Escrituras y que el de san Juan es la primicia de los cuatro Evangelios, porque él llega a revelarnos las mayores profundidades de la persona del Hijo de Dios. Y dice que eso es así por la intimidad que Juan llegó a tener con Cristo, intimidad que se expresa en el gesto de la Última Cena, cuando dice que el discípulo Amado estaba recostado sobre el pecho del Señor. Sigue diciendo Orígenes que, al igual que Juan pudo penetrar mejor que nadie en el misterio de Cristo por su intimidad con él — porque su espíritu descansaba sobre el Logos de Dios—, de la misma forma quien quiera entender su Evangelio deberá adentrarse en la misma intimidad.

Hay que atreverse a decir que, de todas las Escrituras, el fruto más selecto es el de los Evangelios y de entre los Evangelios, el de Juan, cuyo sentido profundo nadie puede captar si antes no ha recostado su cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido del mismo Jesús, el nacido de María, a María como madre propia. Y es necesario que aquel que va a ser otro Juan pueda llegar a ser señalado por Jesús como si fuese él mismo Jesús, [como cuando Jesús dice de Juan a su Madre: “He ahí a tu hijo”, que equivale a decir: “Este es Jesús, a quien tú has dado a luz”]<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> ORÍGENES, *Comentario sobre san Juan*, I,23, ed. CÉCILE BLANC (SC 120, Paris 1966) 70-71. El término que he traducido como “lo más selecto” es ἀπαρχή, literalmente primicia, pero que aquí tiene el sentido de “lo más selecto”, “lo mejor”. Las palabras entre corchetes son una adaptación resumida del texto completo. La traducción completa de este número sería más o menos así:

Lo mismo podemos nosotros decir del Padrenuestro: solo quien se adentra en la intimidad espiritual con Cristo y avanza en su seguimiento, hasta llegar a la cruz —donde Juan recibe a María como madre—, solo ese podrá comprender primero cómo Jesús es el Hijo Único de Dios y, después, participar de su filiación y así decir también él «Padre Nuestro...». Es cierto que cualquier otro puede pronunciar las mismas palabras, pero sin entender realmente lo que dice y, sobre todo, sin que signifiquen nada real. Cualquier otro podrá pronunciar estas palabras pero como un sonido hueco.

Por lo tanto, la oración de Jesús es algo que queda escondido a los ojos de aquellos que no le siguen. Y es que la oración tiene algo de inviolable, algo que debe ser resguardado de la mirada curiosa de los extraños, como debe ser guardado de la mirada curiosa de los extraños los detalles de cualquier relación de amor, los detalles de las relaciones entre los esposos o los detalles de la relación de dos amigos. «La oración no ha de ser una exhibición ante los hombres, requiere esa discreción que es esencial en una relación de amor»<sup>4</sup>.

En la tradición de la Iglesia este carácter reservado de la Oración de Jesús se expresó de una forma muy peculiar en el Catecumenado Primitivo. Como sabéis, el catecumenado era un largo itinerario que precedía a la celebración del Bautismo y de los otros sacramentos de la Iniciación Cristiana. Pues bien, solamente al final de todo el itinerario, se les enseñaba el Padrenuestro. Y solo lo rezaban una vez bautizados, ya injertados por el Sacramento del Bautismo en Cristo, como miembros suyos, como Hijos de Dios y Templos del Espíritu Santo.

En el ritual actual del Bautismo de Niños aparece un vestigio de este uso antiguo de la Iglesia cuando, después del lavacro, el celebrante invita a la asamblea con estas palabras: «Hermanos. Este niño, nacido de nuevo por el Bautismo, se llama y es hijo de Dios [...] Ahora nosotros, en nombre de este niño, que es ya hijo por el Espíritu de adopción que todos hemos recibido, oremos juntos como Cristo nos enseñó: "Padre nuestro..."» (RBN 159).

Esto significa una cosa fundamental con la que damos respuesta a la segunda pregunta que nos hacíamos: el Padrenuestro es la oración de Jesús, suya y de ninguno más; sin embargo, nos la da, al hacernos partícipes de su ser. Él es el Hijo. A nosotros, por la fe y el Bautismo, nos hace parte de él, nos hace espacio en su ser y en su relación con Dios, de forma que llegamos a ser hijos adoptivos de Dios. «Adoptivos» significa que llegamos a ser lo que no éramos, pero, al contrario que en el lenguaje común, llegamos a ser hijos de verdad. Antes

---

«Hay que atreverse a decir que, de todas las Escrituras, los Evangelios son las primicias y que, de entre los Evangelios, la primicia es el de Juan, cuyo sentido profundo nadie puede captar si antes no ha recostado su cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido del mismo Jesús, el nacido de María, a María como madre propia.

Y es necesario que aquel que va a ser otro Juan pueda llegar a ser señalado por Jesús como si fuese él mismo Jesús.

Si de hecho María no tiene otro hijo más que Jesús, según la doctrina de los que piensan rectamente de ella, y si a pesar de ello Jesús dice a María: "He ahí a tu Hijo" (no ya: "También este es tu hijo"), lo que equivale a decir: "Este es Jesús a quien tú has dado a luz"; y de hecho quien es perfecto "no vive más, sino que es Cristo quien vive en él"; porque en él vive Cristo, cuando se habla de él a María se dice "He ahí a tu hijo", es decir, Cristo.

<sup>4</sup> BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret I* (La Esfera de los libros. Madrid 207) 161-162

no éramos “hijos” en sentido propio. Unidos a su Hijo Único hemos sido adoptados como hijos, somos transformados en hijos, nuestro ser es elevado, es transformado por la acción divina, como una nueva creación, somos recreados como hijos verdaderos. Llegamos a ser verdaderos hijos, “hijos en el Hijo”.

Por eso decía antes que Cristo no simplemente nos presta su oración, sino que nos la da definitivamente. Hechos hijos de Dios, hijos en el hijo, recibimos también para siempre esta relación con Dios que está marcada por la filiación, recibimos el poder decir con toda propiedad: “Padre nuestro”.

El hecho de que el Padrenuestro no sea una oración «nuestra», es decir, que no sea producto de nuestra genialidad ni de nuestra piedad, sino que sea una oración recibida de Jesús, el Hijo verdadero, tiene una consecuencia importante: **que da forma a nuestro corazón**. Expliquemos esto. Cualquiera entenderá que una oración lícita es la oración que es sincera, que no es pura verborrea. Cualquiera entiende que una buena oración implica que los labios acompañen al corazón. Que no esté la mente en una cosa, el corazón en otra y los labios recitando palabras que no pasan ni por la mente ni por el corazón. De hecho san Benito en su regla urgía con respecto a la oración: «Que nuestro espíritu concuerde con nuestra voz» (Regla 19,7). Y comenta sobre esto Benedicto XVI: «Normalmente el pensamiento se adelanta a la palabra, busca y da forma a la palabra»<sup>5</sup>. Sin embargo, en la oración litúrgica en general y en particular en la oración del Padrenuestro eso no es así. Es justo al contrario. Las palabras ayudan a dar forma a nuestro pensamiento y a nuestra voluntad. Con las palabras del Señor llega a nuestra mente el corazón de Cristo y nos invita a conformar nuestra mente y nuestra voluntad conforme a sus palabras:

«La palabra, la voz nos precede, y nuestro espíritu tiene que adaptarse a ella. En efecto, los hombres por nosotros mismos no sabemos “**pedir lo que nos conviene**” (Rm 8,26): estamos muy distantes de Dios y Él es demasiado grande y demasiado misterioso para nosotros. Por eso Dios ha venido en nuestra ayuda: Él mismo nos sugiere las palabras para la oración y nos enseña a rezar; con las palabras de la oración que nos ha dejado, nos permite ponernos en camino hacia Él [...] acercarnos a él»<sup>6</sup>.

Con esto volvemos a algo que decíamos antes: la oración de Jesús es la oración de los discípulos, de los que le siguen, y de los que aún deben seguirle hasta el final. La oración de Jesús, si la hacemos nuestra de verdad, da forma a nuestro corazón y así también, poco a poco, a nuestra vida.

Benedicto XVI seguía el razonamiento aludiendo a san Cipriano:

«San Cipriano dice que, cuando rezamos el Padrenuestro, rezamos a Dios con las palabras que Dios mismo nos ha transmitido. Y añade: cuando recitamos el Padrenuestro

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, 164

<sup>6</sup> *Ibid.*, 164

## ESCUELA DE CATEQUISTAS

se cumple en nosotros la promesa de Jesús respecto a los verdaderos adoradores, a los que adoran al Padre “en espíritu y verdad” (Jn 4,23). Cristo, que es la Verdad nos ha dado estas palabras y en ellas nos da el Espíritu Santo<sup>7</sup>. De esta manera se destaca el elemento propio de la mística cristiana. Esta no es en primer lugar un sumergirse en sí mismo, sino un encuentro con el Espíritu de Dios en la Palabra que nos precede, un encuentro con el Hijo y con el Espíritu Santo y, así, un entrar en unión con el Dios vivo, que está siempre tanto en nosotros como por encima de nosotros».

Por lo tanto, la oración del Padrenuestro tiene un presupuesto moral: pertenecer a Jesús, haber comenzado el camino de su seguimiento. Y tiene también una consecuencia moral: continuar este seguimiento hasta el final. Benedicto XVI lo resume así:

«Resulta significativo que Lucas ponga el Padrenuestro en relación con la oración personal de Jesús mismo. Él nos hace partícipes de su propia oración, nos introduce en el diálogo interior del Amor trinitario, eleva, por así decirlo, nuestras necesidades humanas hasta el corazón de Dios. Pero esto significa también que las palabras del Padrenuestro indican la vía hacia la oración interior, son orientaciones fundamentales para nuestra existencia, pretenden conformarnos a imagen del Hijo. El significado del Padrenuestro va más allá de la comunicación de palabras para rezar. Quiere formar nuestro ser, quiere ejercitarnos en los mismos sentimientos de Jesús» (cf. Flp 2,5).

Es decir: el Padrenuestro es una oración para los discípulos que han sido hechos hijos de Dios y que deben alcanzar la imagen perfecta del Hijo, la perfecta obediencia del Hijo, el perfecto amor del Hijo al Padre, la perfecta santidad. Hacer el esfuerzo de conformar nuestro corazón con sus palabras nos ayuda en ese camino. Por eso es absurdo cambiar las palabras del Padrenuestro por otras que nos parezcan más bonitas, más cercanas o que enardecen más nuestros propios sentimientos. Se trata de lo contrario, se trata de que nuestra inteligencia, nuestra voluntad y nuestros sentimientos se vayan pareciendo cada vez más a la inteligencia, a la voluntad y a los sentimientos de Cristo.

Quiero terminar esta parte con una cita del *Catecismo de la Iglesia Católica* sobre el Padrenuestro:

2664: No hay otro camino de oración cristiana que Cristo. Sea comunitaria o individual, vocal o interior, nuestra oración no tiene acceso al Padre más que si oramos "en el Nombre" de Jesús. La santa humanidad de Jesús es, pues, el camino por el que el Espíritu Santo nos enseña a orar a Dios nuestro Padre.

---

<sup>7</sup> SAN CIPRIANO, *La Oración Dominical* 2

### III. LA ESTRUCTURA DEL PADRENUESTRO<sup>8</sup>

Por último, antes de que el próximo día empecemos a explicar cada una de las peticiones del Padrenuestro, quiero ya introducir un breve comentario sobre su estructura, es decir, sobre sus partes y sobre cómo está construido.

Lo primero que hay que decir es que los evangelistas nos conservan dos formas: la de Lucas y la de Mateo. La primera más breve, la segunda más larga. En realidad, la forma más extensa de Mateo dice lo mismo que la de Lucas pero de forma más explícita. En la liturgia y en la catequesis la Iglesia siempre tomó la forma de Mateo como la forma de su oración pública. Nos basaremos en ella para nuestro comentario.

Esta fórmula de Mateo consta de una invocación inicial y siete peticiones.

La invocación inicial es fundamental porque marca la dirección hacia la que se encamina cada una de nuestras peticiones y es importante no perder nunca de vista a quién nos dirigimos. Es importante también porque muestra el verdadero sujeto que hace la oración. Digamos ya que ese sujeto, que se expresa por el “nuestro” (Padre *nuestro*), indica el nosotros de la Iglesia, es decir, el de aquellos que hemos sido convocados y admitidos a la compañía y a la amistad de Cristo, que nos admite en su oración. De alguna forma, ese nosotros implica también a Cristo, que se pone ante el Padre como nuestra cabeza.

De las siete peticiones, tres se articulan entorno al “tú” de Dios al que se dirige la oración, y cuatro al “nosotros” que reza. Las tres primeras se refieren a la causa de Dios en la tierra y las cuatro siguientes a las necesidades, esperanzas y dificultades del «nosotros», que es el sujeto que reza. En esta estructura, el Padrenuestro se asemeja al Decálogo con tres primeros mandamientos referidos al amor a Dios y siete al amor a los hombres.

De esta forma se afirma también en el Padrenuestro la primacía de Dios. La primacía de Dios ilumina la verdad del hombre y su verdadero camino de liberación. El hombre no alcanza su destino de espaldas a Dios ni consiguiendo una autonomía de Dios, sino reconociendo a Dios como el Único Necesario. «Antes de nada, debemos salir de nosotros y abrirnos a Dios. Nada puede llegar a ser correcto si no estamos en el recto orden con Dios».

---

<sup>8</sup> Sigo aquí básicamente a BENEDICTO XVI (O. c., 167-169)